

JULES PAIVIO, EL ÚLTIMO BRIGADISTA CANADIENSE

Natalia Junquera

Unos 1.700 de sus compatriotas defendieron la República española

A su madre no se atrevió a decirle que iba a jugarse la vida en la guerra de otros. Para ahorrarle la angustia le dijo que se iba de vacaciones. Su padre sí supo, antes de despedirle, que se marchaba a España a combatir del lado republicano en la Guerra Civil. Jules Paivio era el último de los brigadistas internacionales canadienses que quedaba vivo. Durante la contienda llegó a haber cerca de 1.700. Murió a comienzos de este mes, a los 97 años, después de una vida larga, difícil, plagada de arriesgadas aventuras en la que todos los reconocimientos llegaron muy tarde.

Por ejemplo, la nacionalidad española. Juan Negrín, el último jefe de Gobierno de la República, se la prometió en octubre de 1938 a los brigadistas internacionales que habían llegado de países distintos para luchar en su bando. Pero Paivio recibió el pasaporte español 75 años después, el 25 de enero de 2012. “Le hizo muchísima ilusión. Estaba feliz”, recuerda Ana Pérez, fundadora de la Asociación de Amigos de las Brigadas Internacionales (AABI). “Para él, como para tantos otros brigadistas, España era su segunda patria. Muchos no pudieron ver esa promesa de Negrín cumplida porque al principio, por ley tenían que renunciar a su nacionalidad para obtener la española, y para cuando llegó la ley de memoria histórica y podían tener las dos, muchos ya habían muerto”.

Paivio llegó a España con 19 años, a finales de 1936. Participó en las batallas del Jarama y Brunete, trabajó como topógrafo en la base de Albacete y en marzo de 1938 regresó al batallón canadiense Mackenzie-Papineau de las brigadas internacionales. En abril de ese año cayó prisionero por los flechas internacionales italianos con otros 15 compatriotas y fue a parar al campo de concentración de San Pedro de Cardeña con otro millar de brigadistas y de españoles.

Logró salir con vida y en enero de 1939 regresó a su país. En 1937 Canadá había aprobado la Foreign Enlistment Act, que prohibía la participación de sus ciudadanos en guerras en el extranjero y los brigadistas que habían partido a luchar en la española se convirtieron en delincuentes. La Policía Montada de Canadá les mantuvo vigilados durante años.

Paivio, que como el resto de brigadistas internacionales, había arriesgado su vida en la historia de un país con el que nada tenía que ver, no recibió medallas a su regreso. Antes de morir, con los noventa ya bien cumplidos, viajó varias veces a España para participar en homenajes a los brigadistas. El primero se lo había hecho su padre, en forma de poema: “El tiempo pasa y en la espera, llegan noticias de que superas obstáculos, pero has llegado a tu destino, España. Más noticias. Tallos de la muerte, pero has sobrevivido. Oigo que con tus bravos compañeros estás, con honor, haciendo lo que se debe hacer”.